

Los cantos de la Misa

Tadeo Albarracín, pbro.

Cuando la Iglesia se congrega para la celebración litúrgica, se reúne para poner por obra una acción o gesto humano que nos vincula de manera efectiva y real con la Pascua de Jesucristo.

La liturgia es del orden del hacer, del orden de lo práctico; en la palabra liturgia se juntan dos términos griegos: 'leiton', popular, y 'urgia', del verbo hacer, realizar. Así que liturgia es trabajo popular, trabajo en favor del pueblo.

Las acciones o celebraciones litúrgicas tienen como sustento antropológico gestos profundamente humanos, de estos gestos humanos se vale Cristo para acrecentar su presencia y comunión con sus discípulos. Así, por ejemplo en los sacramentos acciones como ungir, abrazar, imponer las manos, zambullir en el agua la Iglesia las realiza hoy como gestos centrales para que el cristiano participe de la Pascua de Cristo a través de la confirmación, de la reconciliación, de la ordenación sacerdotal o del bautismo.

Las acciones litúrgicas en la Iglesia reciben su eficacia por ser acciones que Cristo realiza asociando consigo a la Iglesia; para realizar estas acciones se requiere de ministerios u oficios. Los distintos ministerios litúrgicos están en función de la Iglesia reunida en asamblea a fin de que quienes conforman la asamblea participen –tomen parte– de la Pascua de Jesucristo al realizar alguno de los gestos humanos que Él ha dejado a la Iglesia.

En la celebración de la misa, o Eucaristía, Cristo se vale de toda la riqueza que contiene el gesto humano de comer juntos para crear comunión con cada uno de nosotros y entre nosotros mismos como discípulos suyos. Así que el sustento antropológico de la misa es una comida de hermanos, más en cuanto realidad de fe, es una acción a través de la cual Cristo se hace realmente presente para anunciarnos su palabra, renovar su entrega en la cruz y dárse nos como comida y bebida entregándonos su Cuerpo y su Sangre en la Comunión.

Los distintos ministros nos ayudan a quienes conforman la asamblea litúrgica a tomar conciencia de esta presencia de Cristo y a acogerla con agradecimiento. Desde esta perspectiva miremos el servicio que presta el ministerio de la música litúrgica en la celebración de la misa.

Canto de entrada

Este canto hace parte de los llamados Ritos iniciales, éstos tienen por finalidad hacer que los fieles congregados lleguen a formar una comunidad con Cristo para realizar el gesto de la Eucaristía. Las diferentes intervenciones de los ministros en los ritos iniciales nos ayudarán a pasar de la calle o de lo cotidiano para adentrarnos en el misterio.

Mientras el sacerdote se dirige desde la sacristía hasta la sede, luego de reverenciar el altar, los miembros de la asamblea estamos de pie, el maestro del coro, mediante el canto de entrada nos ayudará a:

1. abrir la celebración, esto es, a disponernos para la fiesta de hermanos

2. fomentar la unión de quienes estamos reunidos, es decir, buscará involucrarnos a todos, cuidando de no excluir a ninguno de los presentes

3. ponernos en sintonía con el misterio del tiempo litúrgico o de la fiesta que celebramos

Este canto se concluye una vez el sacerdote haya llegado a la sede.

Aclamación «Señor, ten piedad»

Concluido el acto penitencial, los ritos iniciales prevén que la asamblea exalte la presencia de Cristo mediante la aclamación «Señor, ten piedad». Es preciso advertir que ordinariamente esta aclamación no hace parte del acto penitencial, su texto tampoco se sustituye por otro canto.

Salmo responsorial

El salmo responsorial es el principal canto de la liturgia de la palabra. El objetivo principal de la liturgia de la palabra es reconocer y acoger la presencia de Cristo en la sagrada Escritura, pues es Él mismo quien nos habla cuando en la celebración litúrgica se leen los textos de la Escritura.

El lector nos indica que ha concluido la lectura del texto mediante la aclamación «Palabra de Dios», que la asamblea refuerza diciendo «Te alabamos, Señor.» Luego se da la oportunidad para una breve pausa en silencio que facilite en la mente y en el corazón de los fieles la resonancia del texto proclamado. Entonces sí el salmista, mediante su ministerio, ayuda a que los fieles continúen acogiendo esta presencia de Cristo que nos habla; para ello propone la antífona del salmo que la asamblea canta y que el mismo texto del salmo amplía. El salmista contribuye a que a través del salmo el discípulo entre en la lectura y así realice la comunión con Cristo.

La aclamación al evangelio

La lectura del evangelio es la cumbre de la liturgia de la palabra, por ello esta acción se destaca con varios elementos: la asamblea se pone de pie, el diácono lleva en procesión y entre cirios encendidos el libro del Evangelionario. También el maestro del coro nos ayuda proponiéndonos una aclamación que generalmente es el canto del «Aleluya». Esta aclamación se suele entonar dos veces y en medio de ellas se canta una frase del texto del evangelio que oiremos enseguida.

Canto mientras se prepara la mesa para la Eucaristía

Terminada la liturgia de la palabra, nos preparamos todos para la Plegaria Eucarística: algunos ministros disponen la mesa, otros llevan hasta el altar el pan y el vino que luego el sacerdote presenta a Dios –los presenta, no los ofrece– y finalmente el mismo sacerdote nos invita a unirnos en oración.

Durante diez siglos este rito se llamó ‘ofertorio’, quizá no nos hemos dado cuenta que la reforma del Vaticano II dejó de llamarlo así, el misal habla de preparación de los dones.

Como es habitual cuando tenemos una comida festiva, pensando en los invitados, el anfitrión prepara el lugar y crea un ambiente adecuado; a algo similar debe llevarnos el maestro del coro mediante el canto que acompaña estas actividades de preparación de la mesa y de las personas para la plegaria eucarística.

Mientras se llevan el pan y el vino y se dispone sobre el altar el canto nos va ayudando a tomar conciencia de estar convocados para una comida de hermanos. Resulta apropiado para este momento textos que evoquen actitudes cristianas que nos preparen para la mesa común, tales como el compartir los bienes de la creación, la fraternidad, la solidaridad, la acogida festiva de todos, etc.

Aclamación «Santo»

La gran oración de la Iglesia es la plegaria eucarística que recita el sacerdote en nombre de toda la asamblea. En esta oración suele haber tres aclamaciones de la asamblea, la primera de ellas está conformada por el *trisagio* (tres veces santo) y el *hosanna*. Estas dos aclamaciones han sido tomadas de la sagrada Escritura, el *trisagio* es el canto de los ángeles en la visión de Isaías (véase Isaías 6, 3) con el que los seres celestes proclaman en grado sumo la santidad de Dios, «tres veces santo»; el *hosanna* es la aclamación con la que los jerosolimitanos acogieron a Jesús cuando ingresó en la ciudad santa para su Pascua (véase Mateo 21, 9).

Esta primera aclamación de la asamblea dentro de la plegaria eucarística está dirigida al Padre, su texto no se varía.

Aclamación al memorial

Dentro de la plegaria eucarística se narran los acontecimientos que Dios ha venido realizando para salvarnos y a partir de aquella ‘memoria’ la Iglesia pide que Dios continúe hoy con nosotros esta historia de salvación. El acontecimiento central de la historia de salvación es la Pascua de Jesucristo, su muerte y resurrección.

Una vez que dentro de la narración la plegaria eucarística ha recordado el sentido de la entrega de Jesucristo expresado en el gesto de la última cena, mediante la aclamación al memorial la asamblea honra la ofrenda que Jesucristo hace de su vida por nosotros. El misal ofrece tres fórmulas de textos para esta aclamación.

Aclamación final: «Amén»

La plegaria eucarística se inicia con una invitación del sacerdote a alabar a Dios, que el pueblo secunda («Es justo y necesario»), a partir de este asentimiento de la asamblea el texto de la plegaria eucarística hace una exposición de motivos para la alabanza evocando algunos acontecimientos centrales de la historia de salvación que derivan en una petición para que continúe hoy manifestándose el amor de Dios.

Todo este programa narrativo concluye con una alabanza final conocida como ‘doxología’ (del griego ‘doxa’, gloria) que dice el sacerdote y a la que se une toda la asamblea con la aclamación «Amén».

Aclamación al embolismo del Padrenuestro

Terminada la plegaria eucarística nos preparamos para recibir a Cristo en la Comunión, esta preparación consta de dos ritos, el Padrenuestro y la paz.

Con el Padrenuestro nos unimos a Cristo y tomamos conciencia de ser hermanos de todos los que conformamos la asamblea. Desde esta perspectiva comprendemos que comulgar significa unimos a Cristo para entregar nuestra vida como Él. Recibimos la Eucaristía para que «fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu», y así «Él nos transforme en ofrenda permanente para que gocemos de tu heredad.»

La liturgia de la misa desarrolla la última petición del Padrenuestro, «líbranos del mal», este desarrollo o ampliación se llama ‘embolismo’. La reforma del Vaticano II propone concluir el embolismo del Padrenuestro con la doxología «Tuyo es el reino, el poder y la gloria, por siempre, Señor» inspirada en la alabanza de los veinticuatro ancianos en la visión del Apocalipsis (véase Apocalipsis 4, 11).

Cordero de Dios

El gesto judío realizado por Jesús de partir el pan para repartirlo entre los comensales dio nombre a la celebración de los primeros cristianos: la «fracción del pan» (véase Lucas 24, 35; Hechos 2, 42; 20, 7). San Pablo explica el sentido de la participación en la Eucaristía con base en este gesto: «Tomar parte en la fracción del pan, ¿qué otra cosa es sino comulgar con el cuerpo de Cristo? Aun siendo muchos, todos participamos de un mismo pan; y por ser único el pan, somos un solo cuerpo» (1Corintios 10, 16a.17).

Mientras el sacerdote fracciona el Cuerpo de Cristo para entregarlo en la Comunión, el maestro del coro nos ayuda a ahondar en el sentido de este gesto proponiendo el canto «Cordero de Dios», que nos lleva a comprender que Cristo se entregó a la muerte y resucitó para hacernos partícipes de la vida de Dios. El texto de este canto está inspirado en la visión del Apocalipsis: «Y vi delante del trono (...) un cordero de pie, con las señas de haber sido inmolado» (Apocalipsis 5, 6).

Cantos para acompañar la Comunión

Mientras nos acercamos a recibir la Eucaristía, mediante el canto de Comunión el maestro del coro nos ayuda a comprender este rito expresando, por la unión de las voces, la unión espiritual de quienes comulgan, el gozo del corazón, al tiempo que se manifiesta la índole comunitaria de la celebración.

El canto que acompaña la distribución de la Comunión expresa y realiza la alegría de participar de la entrega de Cristo.

